

MOJIGANGAS

Las Mojigangas constituían dentro de las manifestaciones del teatro español del siglo XVII, un género basado en la farsa y lo burlesco elaborado con la utilización de romances, canciones, música y danzas.

La adaptación de estos obrillas dramáticas jocosas a una versión teatral moderna fue realizada por Ana María Pelegrín, quien recopiló, acertadamente, textos de clásicos españoles anónimos tradicionales para la primera parte denominada "Cantar de ciegos caminantes"; y utilizó a García Lorca para la segunda parte titulada "Las cosas de Doña Rosita casada con Don Cristóbal".

En la primera parte Raúl Fraire compone a un ciego que es síntesis de todos los ciegos que deambulan por el género picaresco español. Su lazarillo, Ana María Pelegrín, lo guiará con gracia y poca voz por múltiples caminos en busca del sustento. En el romance "La virgen va caminando" se muestran plenos de ternura y sugestión, alcanzando uno de los mejores momentos de la obra.

En la segunda parte, al no respetarse la orientación que a "El



Ana María Pelegrín y Raúl Fraire

Retablillo de Don Cristóbal" le diera García Lorca, el espectáculo decae a tal extremo que las palabrotas que utilizadas por el poeta tienen un especial encanto, aquí suenan como algo innecesario. Se lleva a la obra a un género farsesco con reminiscencias de zarzuela, que se salva del bostezo en virtud de la excelente música que compuso Horacio Vaggione.

La dirección ejercida por María Escudero es criticable en cuanto a la falta de una adecuada mar-

cación escénica de los actores en la segunda parte. Trató de abarcar cada centímetro cuadrado del irregular retablo con exagerados saltos y corriditas que los intérpretes efectuaron con acierto, exponiendo allí lo mejor de sus expresiones mímicas.

En suma, un espectáculo que logra entretener sin muchas pretensiones, realizado con buen gusto en un delicioso rincón del Patio del Naranjo del colonial Museo Larreta, que permitió la exacta ambientación escénica. □



VERSION GRIEGA DE LA CUENTISTICA ARGENTINA

Luisa Mercedes Levinson nos había comentado la aparición en Atenas de una pequeña antología de cuentistas argentinos, vertida al griego por un asiduo visitante de Buenos Aires. Interesados por

la noticia quedamos a la espera de la obra. Esta nos llegó por gentileza del encargado cultural de la embajada griega por donde recibimos el ejemplar bajo el título, precisamente, "Pequeña

BIBLIOGRAFICAS

Antología de Cuentistas Argentinos".

Resultaba curiosa la experiencia del autor (en este caso traductor de nuestros autores), por desarrollar en su patria una tarea insólita, ardua y de importante significación para nosotros los argentinos.

Se trata de un intelectual ateniense, Jorge Houzmouziadis, radicado durante un tiempo en nuestro país. Aquí conoció a buena cantidad de colegas escritores, quienes lo iniciaron en el conocimiento y análisis de la literatura actual en la Argentina. De allí surgió la idea y en posterior viaje a su tierra comienza la traducción que comentamos y que alcanza un destacado nivel como tarea.

Integran la antología los siguientes autores y obras: Juan Carlos Dávalos **"El Viento blanco"**; Leopoldo Lugones **"El milagro de San Wilfredo"**; Jorge Luis Borges **"El Aleph"** y **"La intrusa"**; Leónidas Barletta **"El hombre que alimentaba a su sombra"**; Mateo Booz **"El demonio negro"**; Benito Lynch **"El potrillo ruano"**; Luisa Mercedes Levinson **"La isla"**; Sil-

vina Ocampo **"La hija del toro"**; Ricardo Güiraldes **"El rescoldo"**; Horacio Quiroga **"Los leñadores"** y Arturo Cancela **"El suicida y el león de Persia"**.

La idea de la obra fue concretada gracias a la colaboración conjunta de los autores o sus representantes y la Editorial Universitaria de Buenos Aires, quienes cedieron sin cargo alguno los derechos, en todos los casos. La mayoría de ellos integraban el volumen **"Cuentistas y pintores argentinos"** publicado por EUDEBA en sus comienzos empresarios. La publicación entre nosotros alcanzó entonces meritorio auge.

La obra de EUDEBA contribuyó además con las ilustraciones de los Pintores Berni, Basaldúa, Battle Planas, Soldi y Seoane, en impecables grabados que complementan el esfuerzo, en manos ya del lector griego común.

Houzmouziadis, en la presentación "a manera" de prólogo, hace referencias curiosas sobre la preparación de la obra, reproduciendo al final un diálogo que mantuvo en oportunidad de una entrevista mantenida con Borges. Durante la charla, el autor mani-

fiesta a Borges el interés por incluir en sus traducciones el cuento (o novela corta, no sabremos nunca muy bien) **"Hombre de la esquina rosada"**. Borges, molesto, se lo prohíbe, arguyendo discrepancia por lo que interpreta y llama "preferencia en el extranjero" e invita a su interlocutor a la relectura de otras de sus cosas. Si la antología de Houzmouziadis incluye **"El Aleph"** y **"La intrusa"**, como exponentes borgistas, se debe a la "preferencia" de Borges y no a otra cosa. Pero el antologista no deja de deplorar la no inclusión de **"Hombre..."**, una obra, dicen que impreciona al lector; que encierra mucho color local... "etc."

Sin embargo esta Pequeña Antología, cuyos méritos nos antepone a destacar y cuyo valor es grande, es forzosamente eso: una Pequeña Antología. Han quedado fuera de ella muy buenos autores nuestros. Pero aquí cabe también consignar la disculpa del autor, lamentando tales omisiones... y finaliza: **"Anhele continuar un segundo tomo para corregir esta falta"**. □

H. Sayago

A propósito de una nota bibliográfica

TREJO NO FUNDO LA UNIVERSIDAD

En la entrega de la nuevamente renovada revista **"ESTUDIOS"** correspondiente al mes de diciembre del fenecido año 1967, aparece una nota bibliográfica sobre el t. II de la **Historia de la Iglesia en la Argentina** que está publicando el talentoso y meritorio P. Cayetano Bruno SDB. Por supuesto que esta obra, de tan gran aliento y monumental envergadura, es digna ya de los mejores elogios y de colocarse a la par, por lo menos, de sus similares referentes a la Iglesia en otros países de Hispano-América, sin que ello excluya

los inevitables errores o deficiencias inherentes a toda obra humana. Porque sólo las obras de Dios son perfectas.

Y esto se hace también extensivo a la nota bibliográfica a que nos referimos. Porque el autor del libro no comparte —y menos con tanto entusiasmo— cierta opinión que el autor de la citada nota parece querer atribuirle. Es la que se refiere a la supuesta fundación o creación jurídica de la que se llamó Universidad jesuítica de Córdoba por el Obispo de Tucumán, Don Fray Fernando de Trejo y Sana-

bria. Conocemos al autor de la obra y conocemos su opinión contraria a la paternidad de dicho Obispo respecto de dicha Universidad. Verdad es que él no ha querido expresar directamente esta opinión, no porque no la tenga, sino solamente para rehuir la polémica y mantenerse equidistante entre ambos extremos de la casi secular controversia. En las págs. 389-399, donde trata el tema, ha evitado con el mayor esmero el dar a Trejo, ni una sola vez, el título de "fundador" del colegio máximo jesuítico, llamado "universidad" de